

¿no habría que pensar de nuevo las condiciones que delimitan el campo de lo ético del campo de lo político? ¿No deberíamos entender la propuesta comunitarista de Taylor, no exactamente como una alternativa frente al modelo liberal, cualquiera que sea el matiz con que lo designemos, sino más bien como una verdadera superación del mismo? Superación que se propone ir más allá, conservando todo lo alcanzado por él, pero buscando romper sus limitaciones.



Cortés no lo entiende así, porque su esquema de argumentación busca, como ya lo señalamos, situar a Habermas entre los dos extremos del liberalismo puro y del comunitarismo antimoderno. Expediente retórico muy eficaz, pero que corre el peligro de ofrecer una mirada un tanto sesgada sobre los extremos, para resaltar mejor el mesurado equilibrio del término medio.

Es lo que nos presenta al capítulo V, bajo el título de “Multiculturalismo: los límites de la perspectiva liberal”; una magnífica exposición de la Acción Comunicativa, a partir de la tesis de Will Kymlicka sobre la necesidad de incluir en la concepción liberal la idea de “derechos diferenciados de grupo”. ¿Por qué Kymlicka? Porque su tesis sobre el multiculturalismo le permite a Cortés ensayar el modelo habermasiano en un problema tan candente para el pensamiento liberal como es éste, donde se enfrentan, de manera que no parece reconciliable, la autonomía privada y la pública, los derechos inalienables del individuo y los derechos no menos inalienables de la comunidad.

Habermas construye esta articulación —nos dice Cortés—, indicando la cooriginariedad [¿equioriginariedad?] de la autonomía

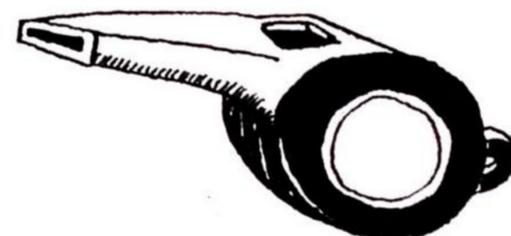
privada y de la pública, es decir, señalando que la integridad de los sujetos de derecho, la autonomía privada, no puede darse sin que se garantice a la vez un estricto trato igual de los contextos de vida que conforman las identidades, la autonomía pública [pág. 122].

Cabe preguntar si la *cooriginariedad* es un verdadero concepto, es decir, que corresponde a algo real, o no pasa de ser una simple construcción ad hoc que, más que aclarar, podría oscurecer la cuestión. Porque en realidad lo social nos determina y nos envuelve, nos condiciona y nos posibilita, nos fortalece y nos limita de modo tal, que la libertad individual sólo puede concebirse y desarrollarse en su seno. Tal vez con ello apunte Habermas a señalar una doble dependencia, que sería necesario distinguir: si en lo gnoseológico parece que vamos de lo privado a lo público, en lo ontológico la ordenación sería a la inversa. Y si esto fuera así, entonces habría que volverse a preguntar: ¿no es lo social un punto de partida que, desplegándose hasta dar lugar a la expansión plena de lo individual, debe recuperarse de nuevo? En otras palabras, de una sociedad de tipo colectivo se avanzaría hasta la sociedad liberal, para desembocar luego en verdaderas comunidades entre personas libres. Es como yo entiendo la propuesta de Taylor.

Conviene señalar que la defensa que Cortés nos presenta aquí de Habermas es por demás matizada. En efecto, si comparte sus críticas al comunitarismo de Taylor, no considera que sus argumentos puedan valer contra la propuesta de Kymlicka, de un “federalismo asimétrico”.

El capítulo VI, “Modelos normativos de la democracia en el mundo moderno”, desarrolla la defensa de Habermas confrontando esta vez los modelos liberales de Hobbes, Kant y Rawls a las críticas del comunitarismo, y ofreciendo la intermediación del modelo procedimental habermasiano. Aquí el matiz lo aporta Axel Honneth, con su propuesta, heredada de John Dewey, de

“desarrollar un nuevo modelo democrático sobre la base de la participación cooperativa” (pág. 160). Sin embargo, Cortés considera que su crítica al modelo habermasiano por sobrevalorar lo político frente a lo social, no es correcta.



En total, nos encontramos frente a una muy agradable exposición de una compleja e interesante controversia: silenciadas, al menos en parte y temporalmente, las críticas del marxismo a la democracia de origen burgués, se ha visto la necesidad de someter las ideas liberales a una cuidadosa y exigente crítica. Porque nadie podría negar que sus efectos, sobre todo para nuestros países, que no hemos disfrutado de sus mayores beneficios, no han sido los esperados por quienes las concibieron.

JORGE AURELIO DÍAZ
Profesor asociado,
Universidad Nacional de Colombia

Dos mil setecientos metros más cerca del miedo

Territorios del miedo en Santafé de Bogotá.

Imaginario de los ciudadanos

Soledad Niño Murcia y otros

Tercer Mundo Editores, Observatorio de Cultura Urbana, Bogotá, 1998, 136 págs.

Éste es un estudio en esencia empírico, aunque apoyado en elementos teóricos de las ciencias sociales, y principalmente de la antropología, que se ha propuesto a partir de una serie de variables estudiar la cues-

ción del miedo en Bogotá. El miedo, el pánico, el terror y otros comportamientos similares han sido una preocupación de diversos estudios en varios países, y han copado la atención de analistas en distintas épocas, tal como el célebre libro de Georges Lefebvre sobre el pánico en la Revolución Francesa. Estos estudios se han preocupado por rastrear los mecanismos de difusión del miedo, a través de los rumores, los pasquines, los chismes, etc., y la manera como el miedo es recibido por amplios sectores de la población.



Guardando las proporciones y analizando el caso de una situación contemporánea, en el libro que comentamos sus autores se han propuesto estudiar el miedo en Bogotá. Para hacerlo, tarea bastante complicada por la dificultad en operativizar variables perceptibles en el mundo real que permitan medir el miedo, los autores parten de constatar que en Bogotá el miedo se irriga por todos los poros del tejido social, y en esa difusión cumplen un papel de primer orden, por lo demás nefasto, los medios de comunicación, que han creado un verdadero imaginario del miedo y del terror en la ciudad. En efecto, los medios de comunicación reproducen en forma poco crítica imágenes y estereotipos sobre Bogotá, que son recibidos por la población, que a su vez extiende el círculo del miedo. ¿Quién no ha escuchado día tras día comentarios sobre la inseguridad generalizada de

la ciudad, la necesidad de cuidarse del vecino, de resguardarse en casa todo el tiempo, de no salir a la calle, ya que ésta es un foco de peligro perpetuo, etcétera? Existe todo un imaginario del miedo que ha contribuido a fragmentar cada vez más la ciudad y a convertirla en un conjunto de guetos, cada vez más resguardados por vallas, cercas, celadores y perros guardianes. Los autores tratan de medir ese miedo en la ciudad, o más exactamente precisar las características de los territorios del miedo en Bogotá. Para facilitarse la labor, han escogido una muestra estadística de novecientas personas, hombres y mujeres, ubicadas en los diversos estratos y pertenecientes a todas las localidades de la ciudad. A partir de esa muestra, han desarrollado encuestas encaminadas a precisar algunas variables: nivel de miedo, factores de miedo, sectores de miedo. El análisis estadístico de estas cuestiones ocupa el segundo capítulo del estudio, en donde con los resultados se construye un mapa de la distribución del miedo en la ciudad, teniendo en cuenta género, estratos y localidades. Ese mapeo de la ciudad permite ubicar algunos de los sitios que más producen temor entre sus habitantes. En el mismo capítulo se presentan unos breves testimonios sobre algunos de esos sitios, que hacen mucho más manejables la jerga estadística y los cuadros, barras y diagramas que acompañan la presentación de los resultados.

En el tercer capítulo se analiza el imaginario del miedo en Bogotá. Se considera que existe un miedo que se aloja en el imaginario de los individuos y que está asociado a lugares, momentos, sujetos y actividades. Esta parte de la investigación se propuso —lo que es una tarea harto complicada— medir el miedo imaginario. Para ello, los autores diseñan como variable de referencia los espacios de *estar* y de *pasar*; es decir, aquellos sitios en donde los habitantes de la ciudad permanecen y por los que transitan. Nuevamente elaboran mapas en los que zonifican la intensidad del miedo en cuanto al *estar* y al *pasar*. De esta manera se

precisan algunos de los lugares de la ciudad asociados con el miedo por parte de sus habitantes, en los que se reproducen todas las imágenes convencionales sobre la ciudad: que es peligrosa, insegura, que ya no se puede andar tranquilo en ningún lugar, que hay que resguardarse temprano, que existen sitios por los que jamás se debe pasar, etc. En la segunda parte de este capítulo —una de las más interesantes de todo el libro— se efectúa un análisis del imaginario del miedo a partir de los estereotipos construidos, que indican una discriminación de importantes sectores de la población, los que son estigmatizados a partir de un “modelo” arquetípico y genérico. En dos cuadros analíticos se resumen en forma magistral los estereotipos construidos con relación a los espacios y con los sujetos, lo que muestra la profundidad con la que el miedo ha calado en la población, miedo que impregna lugares públicos, parques, plazas, calles, etc., y que discrimina a todos los que genéricamente son calificados como “desechables”.



El libro concluye con el análisis del miedo y la interacción social, o sea el tipo de conductas y reacciones frente a las situaciones de miedo. También se establecen unas variables, tales como reacción activa de enfrentamiento, de negociación, pasiva, entrega, etc., y con base en ellas se analiza la información estadística y se elaboran mapas sobre la cuestión. La principal conclusión es que una de las respuestas o expresiones del miedo en Bogotá es el mito de la seguridad, lo que ha

llevado a convertir muchos barrios, calles y casas de la ciudad en verdaderas cárceles.

Como conclusión general del estudio, los autores señalan que no hay plena coincidencia entre el miedo imaginado y el miedo vivido, pues el primero tiende a ser mucho más intenso que el que se presenta en la realidad cotidiana. Además, quienes más expresan miedo son aquellas personas que menos conocen y recorren la ciudad, lo que hace que el miedo imaginario sea mayor y se confirme o justifique el desconocimiento de la ciudad.



Los autores se han esforzado por medir el miedo en la ciudad, y por eso la mayor parte del libro es un recuento o una descripción de los resultados estadísticos encontrados. Esto, como es costumbre en este tipo de estudios, hace un poco pesada la lectura, pues el texto está recargado de cuadros, diagramas, mapas, barras y datos estadísticos. Todo este tipo de información ocupa algo así como el ochenta por ciento del texto, lo que no es muy atractivo para el lector. Pero en las pocas páginas en que los autores hacen análisis cualitativos e intentan ir más allá de los datos estadísticos, efectúan interesantes acotaciones y reflexiones, como en el caso de los estereotipos, o cuando transcriben testimonios de la manera como algunos ciudadanos expresan su miedo con referencia a ciertos sectores de la ciudad. Con base en el esfuerzo empírico de los

autores de este estudio, ellos mismos hubieran podido profundizar en las implicaciones de esa información, como a veces tratan de hacerlo en determinadas partes del libro, pero lamentablemente esas consideraciones están subordinadas a la presentación in extenso de la información cuantitativa.

RENÁN VEGA CANTOR

Regionalismo sin regiones

Ante la crisis del país

Orlando Fals Borda

El Áncora, Bogotá, 2003, 255 págs.

La fértil producción intelectual de Orlando Fals Borda ha marcado el último medio siglo de la vida intelectual de Colombia y su costa norte. En 1956 murió en Barranquilla Luis Eduardo Nieto Arteta, a quien se considera el pionero de una nueva manera de escribir la historia del país, con una orientación fundamentada en las ciencias sociales y no como simple narrativa de personajes y hechos. Por esa misma época, Fals iniciaba su fructífera actividad investigativa. En 1955 publicó *Campesinos de los Andes*, su tesis de maestría en sociología en la Universidad de Minnesota. En los siguientes decenios su vitalidad intelectual le ha permitido acumular una extensa y valiosa obra, entre la cual habría que destacar la monumental, controvertida y hermosa *Historia doble de la Costa*.

No tengo duda de que Orlando Fals Borda y Luis Eduardo Nieto Arteta constituyen las figuras cimeras de las ciencias sociales costeñas en el siglo XX. Sus aportes e influencias son enormes. Es precisamente por esa razón que para los científicos sociales del Caribe colombiano de comienzos del siglo XXI resulta imprescindible establecer nuestras diferencias, sin titubeos

hamletianos, con estos pensadores canónicos. Esa reacción ante su obra debe ser punto de partida para el pensamiento costeño en el siglo que apenas se inicia. Por esa razón y porque la simpatía personal de Orlando Fals no permitía otra cosa, acepté con entusiasmo la invitación a comentar su último libro *Ante la crisis del país. Ideas-acción para el cambio*. Al leerlo, se encuentra uno con un Fals que a los 78 años de edad está en la plenitud de su actividad intelectual, renovado y proponiendo soluciones para los grandes problemas sociales y políticos de Colombia.

El libro que estamos comentando aborda muchos de los temas que Fals Borda ha trabajado en los últimos años: el ordenamiento territorial, la valoración de lo local, el compromiso práctico, la crítica al Occidente y el retorno al campo. En el comentario me concentraré en dos de los temas que trata: la necesidad de un nuevo ordenamiento territorial y su posición crítica frente a la civilización occidental.

Un nuevo ordenamiento territorial

Desde la expedición de la Constitución política de 1991, Orlando Fals Borda ha sido uno de los principales promotores de la ley que definirá el nuevo ordenamiento territorial colombiano. Ello no es accidental. En primer lugar, su participación en la redacción de los artículos sobre ordenamiento territorial fue muy activa. Tal vez más importante aún es que Orlando Fals está convencido de que muchos de los problemas del país surgen de un inadecuado ordenamiento territorial. Su argumento es que existe una clara contradicción entre el "mapa oficial" y el "mapa real" del país: "Este proceso de disyunción entre lo formal y lo real ha sido una pauta constante en el régimen territorial colombiano. Es causa de desequilibrios regionales de riqueza y de insuficiencia en el manejo de la cosa pública. Aunque no lo parezca, está en la raíz de la inviabilidad que ha estallado a varios niveles. Los casos más sensibles son aquellos producidos por